

La comunidad de la escritura. El diálogo Blanchot – Nancy.

The Community of Writing.
The Dialogue between Blanchot and Nancy.

Juan José Martínez Olguín

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales,
Instituto de Investigaciones Gino Germani.
Correo electrónico: jjmartinezolguin@gmail.com.

Resumen:

El tema de la comunidad fue, en la década del '80, el objeto de un fructífero intercambio de textos entre Jean-Luc Nancy y Maurice Blanchot. Ese intercambio, sin embargo, no sólo involucró a Blanchot y Nancy: ambos se reconocían como herederos de una reflexión que habían iniciado, con diferentes matices y en diferentes épocas, Nietzsche y Bataille. Varias décadas más tarde, en La comunidad revocada, Nancy vuelve sobre el debate que lo tuvo como protagonista en los '80: ¿Qué tan lejos pretendió ir Blanchot con los argumentos que opuso contra el texto del propio Nancy? A partir de esa pregunta, que inicia uno de los apartados del último ensayo de Nancy, el trabajo se propone reanudar ese debate con el objeto de repensar el concepto de comunidad como comunidad de la escritura.

Palabras clave: Escritura, comunidad, Nancy, Blanchot.

Abstract:

The theme of the community was, in the 80's, the object of a fruitful exchange of texts between Jean-Luc Nancy and Maurice Blanchot. However, not only Blanchot and Nancy were involved in this exchange: both of them recognized themselves as heirs of a reflection that had begun, with different shades and at different times, with Nietzsche and Bataille. Several decades later, in The revoked community, Nancy returns to the debate that had himself as a protagonist: How far did Blanchot intend to go with the arguments he opposed against Nancy's own text? From that question, which opens one of the sections of Nancy's last essays, this paper tries to renew that debate with the purpose of rethinking the concept of community as community of writing.

Keywords: Writing, Community, Nancy, Blanchot.

Introducción: la comunidad más allá de la comunidad

Con el término griego *koinonía* (que proviene de la palabra igualmente griega *koinos*, lo que es común a varios, y que con frecuencia es traducida al castellano por “comunidad” o “sociedad”) el pensamiento clásico, más precisamente Platón y Aristóteles, designaban la condición de sociabilidad del hombre¹. Concretamente, los griegos hablaban de *koinonía* para referirse a las distintas formas de vida en común: en el caso de la antigua sociedad griega, a la vida en común en la esfera pública de la ciudad (*pólis*) o a la vida en común de la esfera privada o doméstica (*oikos*). En la *Política*, por ejemplo, Aristóteles distingue tres formas precisas de colectividad: la casa, que pertenece al ámbito del *oikos*, la aldea y la ciudad (forma por excelencia de la *koinonía politiké*: la comunidad política)². *Koinonía* es, por lo tanto, el primer esfuerzo que el pensamiento occidental realiza para abordar el problema de la comunidad y del lazo social.

Hobbes, Locke y Rousseau bien podrían representar un segundo momento, es decir un segundo esfuerzo en este sentido. La preocupación de los contractualistas, sin embargo, pasa por el fundamento contractual, el pacto, a partir del cual es posible la comunidad³. A diferencia del pensamiento griego –y de Aristóteles en particular– el pensamiento del Contractualismo invierte el orden ontológico a partir del cual concibe la relación entre individuo y comunidad, asignándole al individuo el primer lugar: son los individuos los que, a través del pacto o el contrato social, hacen posible el lazo social (la sociabilidad del hombre no es una condición ontológica previa al individuo, como en el caso del pensamiento griego, más precisamente del *zoon politikón* de Aristóteles).

¹ En este sentido, según Axel Honneth, “la *koinonía* sigue siendo el sinónimo aplicable a las expresiones latinas *societas* o *communitas*, en cuanto síntesis de todas las formas de agrupación social” Honneth, Axel. “Comunidad. Esbozo de una historia conceptual” *Isegoría* 20 (1999): 7.

² Aristóteles. *Política*. Buenos Aires: Losada, 2005, 25 y ss.

³ Cfr. Locke, John. *Dos ensayos sobre el gobierno civil*. Madrid: Espasa Calpe, 1991; Hobbes, Thomas. *El leviatán*. Buenos Aires: Losada, 2003; Rousseau, Jean-Jacques. *El contrato social*: Madrid, Itsmo, 2004.

Pero junto con la modernidad no sólo el contractualismo vuelve sobre el viejo problema que inaugura el pensamiento griego: la emergencia de la Sociología hace de la comunidad el objeto central de su reflexión como disciplina. Pero en la teoría sociológica, la problemática toma una dimensión nueva y un nuevo impulso: pues el concepto de comunidad aparece, en la tradición sociológica, enfrentado al concepto de sociedad⁴. Ambos se encuentran, sin embargo, en el horizonte de la *koinonía*, es decir en el horizonte que ya había delimitado el pensamiento griego y que piensa la cuestión de la sociabilidad del hombre, la forma en que éste se enlaza o se relaciona con otros hombres (en su diferencia, como señala Aristóteles en el célebre pasaje de la *Política*, con el resto de los animales gregarios).

Y es precisamente como un punto de ruptura en este breve recorrido (que inaugura el pensamiento griego y el término *koinonía*) que nos interesa, en el presente trabajo, volver sobre el diálogo que entablan Maurice Blanchot y Jean-Luc Nancy en la década del '80. Si, en otras palabras, nos interesa volver sobre ese intercambio es porque la propuesta que se desprende de ese debate involucra una forma de pensar la comunidad que va más allá de lazo social, de su temporalidad y especialidad específicas, que es la forma en que la reflexión filosófica y sociológica han pensado a la comunidad, con sus diferentes matices, desde el pensamiento griego, es decir desde la *koinonía*⁵.

⁴ La teoría sociológica alemana del siglo XIX y principios del XX (Tönnies, Weber y Marx, por nombrar sólo algunos ejemplos) es la que da inicio a esta oposición cuya síntesis queda perfectamente reflejada en la dicotomía de los términos alemanes *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*. Para una revisión de este tema, véase el excelente estudio de Daniel Alvaro. *El problema de la comunidad, Marx, Tönnies Weber*. Buenos Aires: Prometeo, 2015.

⁵ Se podrían incluir dentro de ese movimiento de ruptura los textos de Agamben y Espósito sobre la comunidad, cuyas fechas de publicación son solo algunos años posteriores a las de los textos de Blanchot y Nancy (1990 en el caso de Agamben y 1998 en el caso de Espósito). Aquí, sin embargo, no nos haremos eco de sus propuestas ya que en ninguno de los dos casos ese ruptura está vinculada, como en los textos de Blanchot y Nancy, al problema de la escritura, es decir: a la espacialidad y la temporalidad del lazo que produce la escritura. Cfr. Agamben, G. *La comunidad que viene*. Valencia: Pre-textos, 1996 y Espósito, R. *Communitas: origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

El objetivo de las siguientes páginas, sin embargo, no radica en confrontar el pensamiento de Blanchot y Nancy con la tradición que inaugura la *koinonía*, con el pensamiento griego, con la tradición contractualista, con la teoría sociológica o con la filosofía política: ni siquiera pretende recuperar en su totalidad el pensamiento de Blanchot y Nancy. Su objetivo es, si se quiere, mucho más modesto: tiene simplemente la intención de volver sobre el diálogo que ambos tuvieron en los ochenta para, en un mismo movimiento, recuperar los conceptos más importantes de ese intercambio, conceptos a partir de los cuales es posible pensar a la comunidad como comunidad de la escritura.

La comunidad de la escritura: el diálogo Blanchot- Nancy

En el último ensayo de la serie de textos dedicados a la comunidad, Jean-Luc Nancy retoma la frase que él mismo había citado de Bataille sobre la relación que, según el propio Bataille, lo unía a Nietzsche: “El deseo de comunicar –escribía Bataille- nace en mí de un sentimiento de comunidad ligándome a Nietzsche”⁶.

Allí, en el tercer apartado del texto que abre *La comunidad revocada*, Nancy vuelve sobre la cita de Bataille para intentar explicar otra frase: la que elige Blanchot para concluir la primera parte del libro que forma parte de esa serie de ensayos que inaugura aquél otro libro de Nancy, *La comunidad desobrada*: “la comunidad desobrada sobre la que Jean-Luc Nancy nos ha llamado a reflexionar –escribía por aquél entonces Blanchot- nos ha llamado a reflexionar sin que nos esté permitido detenernos allí”⁷.

No detenerse allí significaba, para Blanchot, ir más lejos. E ir más lejos significaba, explica Nancy, ir más lejos de lo que él mismo había propuesto bajo el nombre de la comunidad desobrada. Significaba, entonces, extender la reflexión de Nancy, la reflexión que Nancy había hecho, no permitirse detenerse allí, pues,

⁶ Bataille, George, citado por Nancy. J. L. *La comunidad desobrada*. Madrid: Arena Libros, 2001, 78.

⁷ Blanchot, Maurice. *La comunidad inconfesable*. Madrid: Arena Libros, 2002, 46.

para ampliar los límites de lo que la comunidad es, puede ser, o puede no ser, pero que puede no ser precisamente siendo.

La serie de ensayos a la que nos referimos comienza, en realidad, antes de la aparición de *La comunidad desobrada*, cuya primera versión se remonta a la primavera de 1983 y cuya publicación no fue en forma de libro (la forma que adoptaría después, cuando es compilada junto con otros textos de Nancy) sino en forma de artículo para una revista: la revista *Aléa*. Pero esa serie de ensayos, decíamos, comienza con Bataille: unas tres o cuatro décadas antes de la década del '80. Bataille es, entonces, el primero que dedica más de una página al tema de la comunidad. A diferencia de Nancy y de Blanchot, que responde al artículo de Nancy en el mismo año con su libro *La comunidad inconfesable*, segundo libro de esa serie (o tercero, si contamos a Bataille), y cuya primera parte es, en efecto, una respuesta explícita al texto de Nancy; a diferencia de ambos, entonces, Bataille no destina un solo y único texto al tema: expande sus reflexiones en más de una página y en más de un texto; y el tema aparece, ciertamente, diseminado a lo largo de su obra. “El sentimiento de comunidad ligándome a Nietzsche” es, a decir verdad, sólo una de las tantas reflexiones con las que Bataille aborda el tema. Hay otras: la comunidad de los que no tienen comunidad y la comunidad de los amantes, objeto central de la segunda parte del libro de Blanchot, son quizás las más resonantes en ese largo camino del que esas frases son sólo, entonces, algunas paradas.

La frase de Bataille, el sentimiento de comunidad que lo ligaba a Nietzsche -o deberíamos decir que lo liga, que siempre lo va a ligar, que siempre y aún lo va a ligar en su ausencia, en su muerte, después de su muerte, después de la muerte de ambos-, esa frase, según Nancy, venía a concluir el último desarrollo del texto: “la comunidad ni comunal ni estrictamente política de estos...”. La cita completa de la reflexión de Bataille es, sin embargo, más larga:

Hablé de la comunidad como un existente: Nietzsche refirió a ella sus afirmaciones pero estuvo solo (...) El deseo de comunicar nace en mí de un sentimiento de comunidad que me vincula a Nietzsche, no de una originalidad aislada⁸.

Bataille agrega a la serie de ensayos sobre el tema de la comunidad un nuevo eslabón, Nietzsche: “Hable de la comunidad como un existente: *Nietzsche refirió a ella sus afirmaciones*, pero estuvo solo”. Para Bataille, Nietzsche, aunque solo, había ya anticipado el debate que reverdece en los ‘80. Antes que Bataille, que Blanchot y que Nancy, estuvo Nietzsche. Y, podemos agregar entonces, contra Bataille, no estuvo verdaderamente solo. O estuvo solo en su sentido restringido: estuvo solo, pero sólo para su tiempo, para el tiempo en el que vivió y escribió, solo, esas afirmaciones.

Si no hubo “originalidad aislada”, entonces, es porque la reflexión de Bataille sobre la comunidad, sea como comunidad de los amantes, como comunidad de los amigos, ese deseo de comunicar el sentimiento de comunidad nació ya, y antes que en él, en Nietzsche. Y se expandió varias décadas después, más allá de Bataille y de Nietzsche: no sólo ligó a ambos, ligó también, en otro tiempo y en otro lugar, a Nancy y Blanchot, a Nancy y a Blanchot con Bataille y con Nietzsche, a Nancy y a Blanchot entre sí. Y los ligó, en efecto, para formar, entre ellos, una comunidad. Curiosa, o paradójicamente, lo que formó comunidad entre Nietzsche, Bataille, Nancy y Blanchot fue la comunidad como tema, como objeto de reflexión. El asunto de la comunidad hizo comunidad. Sus escritos sobre la comunidad formaron finalmente una comunidad: una comunidad de textos, de escritos o de ensayos sobre la comunidad. Ahora bien: ¿es ésta comunidad “la comunidad ni comunal ni estrictamente política” a la que refiere Nancy? ¿Es realmente ella? Es necesario, pues, *ir más lejos*:

Puedo imaginar que esta fórmula retoma, a su manera, la última frase del texto que yo había publicado en *Aléa*. Esta decía: “no podemos sino ir más lejos” para sugerir que debíamos prolongar lo que acaba de citar de

⁸ Bataille, George, citado en Nancy, *La comunidad desobrada*, *op. cit.* 78.

Bataille: el “sentimiento de comunidad ligándome a Nietzsche”. Estas palabras venían a concluir el último desarrollo del texto: la comunidad ni comunal ni estrictamente política de estos y de lo que se comunica(n) en el suspenso o en la interrupción de transmisiones, de continuidades de intercambio –lo que yo designaba con la palabra “escritura” según un sentido de la palabra proveniente del mismo Blanchot y de Derrida⁹.

Casi terminando el párrafo, Nancy parece, efectivamente, ir más lejos: “lo que yo designaba con la palabra ‘escritura’, según un sentido de la palabra proveniente del mismo Blanchot y Derrida”. Sin embargo, en una nota al pie, agrega: “ellos mismos (Blanchot y Derrida) conducidos hacia ese valor de la palabra *a través de canales de transmisión abiertos* desde hace algún tiempo –recordemos *El grado cero de la escritura* de Roland Barthes, en 1953- y cuya historia precisa queda por hacer”¹⁰. Otra vez, pues, un tema, la escritura, haciendo comunidad. No ya, aquí, la comunidad como tema, sino la escritura como tema. Los canales de transmisión abiertos desde hace algún tiempo, abiertos por Barthes y su texto *El grado cero de la escritura*¹¹, condujeron a ese valor de la palabra, a ese valor de la palabra escritura, que ahora retoma Nancy y que los conduce, a Nancy, a Derrida y Blanchot. Blanchot, Derrida y Barthes parecen, entonces, haber formado también comunidad: pero esta vez conducidos, ellos, por otro tema: la escritura.

Ahora bien: ¿cuál ese valor de la palabra escritura? ¿Cuál es el valor que habría portado la palabra escritura y que, portando ese valor, habría hecho comunidad en Blanchot, Derrida y Barthes? En ese valor, en efecto, se juega el verdadero valor de la palabra comunidad. Verdadero, sin embargo, no porque responda a la estructura de la verdad, no porque responda al ser de la comunidad (pues, ¿hay ser de la comunidad? ¿Lo hay verdaderamente, por lo menos en –o después de- la propuesta de Nancy, de Blanchot de Nietzsche y de Bataille, es decir en ese conjunto de textos sobre la comunidad?), sino porque responde, en todo caso, al punto a partir del cual Blanchot propone, luego, “ir más lejos”. En otras

⁹ Nancy, J. L. *La comunidad revocada*. Buenos Aires: Mar Dulce, 2016, 21-22.

¹⁰ Nancy, *La comunidad revocada*, *op. cit.* 22, n. 8.

¹¹ Cfr. Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

palabras: si allí se juega el verdadero valor de la palabra comunidad/escritura es porque, con él, o a partir de él, fue lo más lejos que llegó Nancy en *La comunidad desobrada*, texto que inicia el debate de los '80, que origina la comunidad formada por ese debate aunque, ambos, comunidad y debate, hayan sido, en realidad, ya iniciados antes por Bataille y Nietzsche.

Nancy precisa, entonces, el valor de esa palabra crucial, es decir de la palabra escritura:

El desplazamiento de un mundo del autor, del estilo y de la obra (incluso del mensaje) hacia un espacio de la escritura y del texto (...) ha respondido a una mutación de la percepción y de las condiciones del sentido, es decir, de lo que produce lazo y relación¹².

No es la escritura *sobre* la comunidad lo que formó comunidad en Bataille, Nietzsche, Blanchot y Nancy, sino *la escritura*, simplemente la escritura. La escritura a secas y no el tema sobre el que versa esa escritura. Lo mismo, en efecto, corre para la comunidad formada por Blanchot, Derrida, y Barthes: en ellos, también, es la escritura lo que hizo lazo o relación y no la escritura sobre la escritura¹³.

El desplazamiento de un mundo del autor, del estilo y de la obra (incluso del mensaje, es decir del tema) hacia *un espacio* de la escritura y del texto ha respondido a una mutación de la percepción de lo que hace lazo y relación, escribe Nancy. ¿Y qué es lo que hace lazo y relación en la escritura? ¿Cuál, el espacio que con ella se abre? ¿Hay verdaderamente espacio abierto por la escritura, es decir, hay un espacio de la escritura?

Relación que une sin unir, lazo que liga sin ligar: ese es, pues, el lazo y la relación singular de la escritura, el lazo y la relación a partir de la cual se forma *la comunidad de la escritura*. Lazo que no une, aquí, en presencia, en persona, a las personas que une. Relación que no liga, ahora, en el mismo tiempo o presente, a

¹² Nancy, *La comunidad revocada*, op. cit. 22.

¹³ Aunque aquí, como podrá deducirse fácilmente, escritura y tema se tocan en la medida en que el tema de la escritura es la escritura.

los que escriben y que se unen con la escritura. La escritura es, pues, ese espacio metafísico y anti-metafísico al mismo tiempo. Espacio que no es físico, espacio que está más allá de la física, de la materialidad del espacio en el que cualquiera puede hacerse presente, presentarse, presenciar plenamente, en persona. Espacio sin espacialidad, sin superficie, pero también sin límites, infinitamente expandible, todo lo que la escritura lo permita porque ni el tiempo ni el espacio, ni la espacialidad ni la superficie, lo limitan. Espacio huérfano de personas, que no están, donde están, plenamente presentes, que están sólo presentes por el trazo, por el movimiento que deja su escritura; trazo, cosa muerta y trazo, cosa viva, materia sin alma y animada al mismo tiempo. Por eso mismo, también, es un espacio anti-metafísico: porque, allí, no hay presencia plena, sino semi-presencia, o incluso más: huella de la huella.

Ni virtual ni concreto, el espacio de la escritura es un espacio que, verdaderamente, no tiene lugar. No tiene ni lugar preciso ni lugar concreto. Es éste, aquí y ahora, su lugar, el lugar mientras *escribo*. Pero es cualquier lugar, cualquier espacio en donde se escriba. Espacio huérfano, decíamos, pero común, compartido. Y compartido en la ausencia: está ausente el escritor cuando se lee y está ausente el lector cuando se escribe. Pero se comparte y se abre, cada vez que se lee y cada vez que se escribe. Cada vez que un libro es abierto para ser leído, cada vez que un papel es escrito, nace ese espacio indeterminable, imposible de tocar, de agarrar: el espacio literario que forma la comunidad de la escritura. Cada vez que Blanchot, Bataille, Nancy y Nietzsche escribieron sobre la comunidad, ellos mismos formaron comunidad. Y la formaron escribiendo, a través del lazo y del espacio que forma la escritura. Sus textos son, para parafrasear al propio Nancy, menos una serie de ensayos sobre el asunto de la comunidad, que una serie de ensayos *ellos mismos* asunto de una comunidad.

Lo inconfesable de la comunidad (de la escritura)

Hasta aquí, entonces, todo lo lejos que fue Nancy. O, mejor aún, todo lo lejos que podemos ir nosotros con Nancy, haciendo comunidad con la escritura de Nancy, con la escritura de *La comunidad desobrada*. Pero se trataba, en realidad, de ir más lejos que Nancy. Por lo menos esa era la propuesta de Blanchot, que retomaba la propuesta con la que el propio Nancy concluía el texto publicado en *Aléa*: “Sólo podemos ir más lejos”. En *La comunidad revocada* Nancy se lamenta, en efecto, de no haber comprendido del todo ese ir más lejos que, si bien era de su propia autoría, Blanchot había hecho propio: “En ese momento –escribe– sólo percibí muy confusamente, y en el apuro, esa intención”¹⁴. Ahora bien: ¿Se puede ir más lejos? ¿Qué tanto más lejos se puede ir? ¿Qué tanto más lejos se puede ir con Blanchot? ¿Se puede, pues, ir tan lejos? ¿No estamos ya lo suficientemente lejos, es decir: lo suficientemente lejos de cualquier reflexión sobre la comunidad? ¿Y qué es, en todo caso, ir más lejos, ir más lejos con Blanchot? ¿Qué es, en fin, lo que Nancy percibió, en aquél momento, muy confusamente?

Recién algunas décadas más tarde, casi exactamente dos décadas más tarde de la publicación de *La comunidad desobrada* y de *La comunidad inconfesable*, en 2002, Nancy comienza a despejar esa confusión o cree, por lo menos, comenzar a despejarla (aunque él mismo se va a ocupar de aclarar que ella, quizás, no pueda ser nunca despejada del todo). Y lo hace en un texto que con el nombre de *La comunidad afrontada* hace las veces de prefacio en la segunda edición italiana de *La comunidad inconfesable* y que luego, corregido y ampliado, es incluido como postfacio de la edición española. La conclusión a la que llega Nancy en ese texto es la siguiente: no es necesario ir demasiado lejos para comprender qué tan lejos pretendía ir Blanchot. Sólo basta con comenzar por el título del texto.

¹⁴ Nancy, *La comunidad revocada*, op. cit. 22.

Ir más lejos quería decir, para Blanchot, penetrar en lo inconfesable, en lo inconfesable de la comunidad, de lo común. “Atención a lo inconfesable!”, le decía Blanchot a Nancy, según el propio Nancy. Esa atención debía dirigirse por lo tanto al título, que realizaba un desplazamiento con respecto al título del texto de Nancy; con respecto al título del texto pero también, lógicamente, con respecto a su contenido. Del desobramiento de la comunidad proponía Blanchot desplazarse hacia lo inconfesable de la comunidad. ¿Y qué es, al fin y al cabo, ir más lejos sino desplazarse, moverse de un punto a otro? Si había desplazamiento, sin embargo, ese desplazamiento debía ser comprendido con ciertas limitaciones: desplazarse significaba trazar un nuevo recorrido, ir más lejos, en fin, pero sin borrar el camino que se había realizado antes que él, es decir antes de ir *efectivamente, empezando por el título*, más lejos.

El desobramiento de la comunidad, la comunidad no haciendo obra, es decir no haciendo nada, o *haciendo nada*, venía, en el texto de Nancy, en su primer texto, a denunciar no sólo al comunismo como proyecto de comunidad a realizar, a realizarse, a convertirse en obra, sino también a cualquier forma de comunidad que pretendiese hacerse obra: sea bajo la forma de los Estados Nación, de Asambleas, sea bajo la forma del Pueblo o de la Nación. Hay una comunidad que está antes que todas las formas en las cuales la comunidad se vuelve sustancia. Antes de lo que *tenemos* en común, una cultura, una nación, un territorio, una lengua, una ideología, está lo que *somos* en común. Hay un común que somos que se comparte, compartido, pero que no se presenta como obra, que no se presenta como lo que tenemos. Es la presencia de un común sin presente. Que *está o es* sin estar nunca presente¹⁵.

Pero lo inconfesable de la comunidad que postulaba Blanchot, que se proponía ir más lejos, iba más lejos de la diferencia entre lo común como perteneciendo al orden del tener o del ser, al registro de lo que se posee o de lo

¹⁵ Este es, precisamente, el punto a partir del cual el concepto de lazo en el diálogo Blanchot – Nancy se separa del concepto de lazo que inaugura la noción de koinonía en el pensamiento occidental.

que es. Aunque, por supuesto, también la incluía. O, mejor aún, precisamente porque lo común inconfesable pertenece al orden del ser es que es inconfesable. Hay algo de lo somos, de lo que nos hace ser, que no se puede confesar. Ahora bien: ¿Qué es, para Blanchot, lo inconfesable? ¿Qué significa que lo que hace comunidad en comunidad de la escritura sea inconfesable? Casi al final del libro, en el último párrafo, Blanchot se pregunta, una vez más, por lo inconfesable: “La comunidad inconfesable: ¿Quiere ello decir que no se confiesa o bien que ella es de tal modo que no hay confesiones que la revelen, ya que cada vez que se ha hablado de su manera de ser se presiente que de ella sólo se ha captado lo que la hace existir por defecto?” Si el libro de Blanchot no responde nunca a esa pregunta es porque se la “confía a otros”, menos para responderla que para “cargar con ella y acaso prolongarla”¹⁶. ¿Y cómo prolongarla, pues, sino es a través de la escritura?

No podremos jamás responder a la pregunta, pero sí prolongarla; y prolongarla a través de la escritura. ¿Cómo prolongar, aquí, esa pregunta? Hay un común que somos, que compartimos, que no se comunica, pero que se transmite y que se transmite sólo a través de la escritura, a través del gesto que inaugura *cada* escritura y que nos convierte, a cada uno, mientras escribimos, en parte de la misma comunidad, de la comunidad de la escritura. Ni comunal ni estrictamente política, la comunidad de la escritura pertenece a la especialidad y a la temporalidad del parpadeo de la política, a su duración. Hundida en lo inconfesable de lo que somos y de lo que compartimos, la escritura ya no comunica porque transmite algo que está más allá de lo que ella, incluso aquí, en esta escritura, que es la mía, comunica: un movimiento, un trazado inconfesable que la palabra no puede decir, pero que sí puede -y que sólo ella, la escritura,

¹⁶ Blanchot, Maurice. *La comunidad inconfesable*, *op. cit.*, 94.

puede- transmitir¹⁷. No hay confesión que revele eso que somos, que nos hace ser humanos y que nos relaciona, sin ligarnos, en la escritura.

Yendo más lejos que Nancy, yendo aún más lejos que la reflexión de Nancy en *La comunidad desobrada*, Blanchot perturba el origen de la escritura y, perturbando su origen, perturba su objetivo como objetivo ligado a la necesidad originaria de la escritura. Pero ya no se trata, aquí, del origen (perdido, elusivo) de la escritura como el movimiento de la presencia y del sentido, sino de la escritura como el ejercicio de la mano que escribe¹⁸. En su minucioso estudio sobre la escritura, Ignace J. Gelb explica: “La escritura comenzó al aprender el hombre a comunicar sus sentimientos mediante signos visibles, comprensibles

¹⁷ Aunque aquí la diferencia entre la idea de transmisión y la idea de comunicación desborda ampliamente la diferencia entre el orden de lo semántico (que vendría a abrir el campo de la comunicación) y el orden de lo no semántico (que vendría a inaugurar el campo de la transmisión), vale la pena recordar, por lo menos para acercarse al movimiento, al gesto que transmite, precisamente, la escritura, cada escritura, la observación que, a propósito de ello, realiza de Derrida en su conferencia de 1971 en las Sociedades de Filosofía de lengua francesa en Montreal: “Ahora bien, la palabra comunicación, que nada nos autoriza a despreciar como palabra inicialmente y a empobrecer en tanto que palabra polisémica, abre un campo semántico que precisamente no se limita ni a la semántica, a la semiótica, todavía menos a la lingüística. Pertenece también al campo semántico de comunicación el hecho de que designa movimiento no semánticos. Aquí un recurso al menos provisional al lenguaje ordinario y a los equívocos de la lengua natural nos enseña, por ejemplo, que se puede comunicar un movimiento o que una sacudida, un choque, un desplazamiento de fuerza puede ser comunicado: entendámonos, propagado, transmitido. (...). Lo que ocurre entonces, lo que se transmite, comunicado, no son fenómenos de sentido o de significación. En estos casos no tienen nada que ver ni con un contenido semántico o conceptual, ni con una operación semiótica, y menos todavía con un intercambio lingüístico”. Derrida, Jacques. “Firma, acontecimiento, contexto”. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra, 2010, 349.

¹⁸ Con el concepto de escritura como el movimiento siempre elusivo del sentido o de la presencia, es decir, como archi-escritura, aludimos, desde luego, a los textos de Derrida, principalmente a su texto fundamental sobre el tema: *De la gramatología* (México D.F.: Siglo XXI, 1998). Si bien no contamos aquí con el suficiente espacio para desarrollar la cuestión, que por otro lado es una de las aristas fundamentales de otro trabajo, mi tesis de doctorado, nos contentamos, por lo menos, con dejarla expuesta: si bien la oposición entre el concepto de escritura, en el sentido corriente del término, como el ejercicio de la mano que escribe, con el concepto de escritura como archi-escritura está, aquí, delimitada sin demasiadas precisiones, esa oposición, en la medida en que se proponga escapar a los principios metafísicos a los que ambas categorías deberían intentar derribar, exige, por lo tanto, ser matizada: puesto que la escritura como archi-escritura, como el movimiento de la presencia tiene, en la escritura en su sentido corriente, como el ejercicio de la mano que escribe, su punto en común: toda escritura (en el sentido corriente) deja una huella: la huella única (escritura) de la huella (como archi-escritura).

también para las demás personas con cierta idea (...) de sistema”¹⁹. Algunas líneas más adelante, luego de un repaso por la historia de la escritura y por el paso decisivo, “revolucionario”, que habría significado su fonetización, su división en unidades con valor lingüístico, Gelb descarta que exista una diferencia demasiado sustancial entre la escritura fonética y la no fonética en la medida en que “tanto un tipo como otro de escritura tienen un fin idéntico: la comunicación humana por medio de signos convencionales visibles”²⁰. Así, si el origen de la escritura estuvo marcado por la necesidad humana de comunicar, ese origen marcará a fuego –para siempre– el fin propio de la escritura, es decir de toda escritura: la comunicación humana.

Sin embargo, Blanchot, que no descarta de ningún modo (¿pues quién podría descartarlo?) ese fin originario y siempre presente de la escritura, cree que hay, en la escritura, algo más que la sola comunicación y es precisamente ese algo más lo que, con ella, hace comunidad. Para Blanchot la escritura no sólo comunica, sino que transmite; y eso que transmite es, finalmente, lo común que sólo ella puede transmitir y volver presente, aunque sin estar plenamente presente, con su gesto, con su trazado, con su movimiento que es el gesto, el trazado y el movimiento de la mano, de cada mano que, de hecho, no está nunca presente en el papel escrito. La escritura está, en su seno, dividida *entre* lo que ella comunica (un mensaje, un sentido) y *entre* lo que ella transmite como común, como ser en común pero como propio de cada uno que escribe. Y que transmite y no comunica porque, lo que con ella hace lazo, hace comunidad, lo que en ella es común a cada uno que escribe, a cada ser humano, es inconfesable.

De la ruptura con la escritura como medio de comunicación, de la ruptura con la escritura como comunidad que se comunica, que hace lazo social y tiene lugar, sólo se puede, pues, *ir más lejos*.

¹⁹ Gelb, I. J. *Historia de la escritura*. Madrid: Alianza, 1976, 31.

²⁰ Gelb, *op. cit.* 31-32.

Palabras finales

El valor más importante del intercambio que Blanchot y Nancy tuvieron en la década del '80 -y cuyas reflexiones Nancy continuó incluso más allá de ella- radica en la novedad con la que ambos autores intentan pensar el problema de la comunidad. A la comunidad de la escritura, al lazo a partir del cual permanecemos unidos *en y por* la escritura, le queda poco del lazo que inaugura el pensamiento de la *koinonía*: la comunidad de la escritura, en otras palabras, si bien real y concreta, no tiene estrictamente hablando lugar, no se cristaliza en ninguna identidad o entidad. Su espacialidad propia, por lo tanto, abre el interrogante para pensar nuevas formas de producir el espacio en el que los hombres se unen, un espacio que está más allá de la sociedad, incluso de la comunidad según fue comprendida a partir del pensamiento griego: como un espacio que *tiene* lugar. Recuperar el intercambio entre ambos autores, por lo tanto, es una apuesta para abrir el horizonte sobre el pensamiento de la comunidad hacia nuevas posibilidades, es decir: hacia las nuevas posibilidades que ponen en juego las diferentes escrituras que forman lo que, siguiendo entonces el diálogo entre Blanchot y Nancy, podríamos llamar *la comunidad de la escritura*.

Bibliografía

- Agamben, G. *La comunidad que viene*. Valencia: Pre-textos, 1996
- Alvaro, D. *El problema de la comunidad. Marx, Tonnie Weber*. Buenos Aires: Prometeo, 2015.
- Aristóteles. *Política*. Buenos Aires: Losada, 2005
- Barthes, R. *El grado cero de la escritura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Blanchot, M. *La comunidad inconfesable*. Madrid: Arena Libros, 2002
- Derrida, J. *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra, 2010.
- Derrida, J. *De la gramatología*. México D.F.: Siglo XXI, 1998.
- Espósito, R. *Communitas: origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

- Gelb, I. J. *Historia de la escritura*. Madrid: Alianza, 1976.
- Locke, J. *Dos ensayos sobre el gobierno civil*. Madrid: Espasa Calpe, 1991.
- Hobbes, T. *El leviatán*. Buenos Aires: Losada, 2003.
- Honneth, A. “Comunidad. Esbozo de una historia conceptual”. *Isegoría*, 20 (1999): 5-15.
- Nancy, J. L. *La comunidad desobrada*. Madrid: Arena Libros, 2001.
- Nancy, J. L. *La comunidad revocada*. Buenos Aires: Mar Dulce, 2016.
- Rousseau, J.-J. *El contrato social*. Madrid: Itsmo, 2004.